—Sígueme.

El Cientodiecisiete, extendiendo la mano, añadió, enseñándole el misterioso pasadizo:

—Mira, se han necesitado cinco días para abrir este camino, y te aseguro que no perdieron el tiempo.

—¿Y este lo han hecho por mí?—preguntó el condenado, no pudiendo explicarse el interés que inspiraba á el Cientodiecisiete.

—No,—contestó el presidiario,—por otro á quien tú has conocido acaso y que no pudo salvarse.

Al mismo tiempo dejó la linterna en el suelo, sacó un cuchillo y cortó los lazos de la camisa de fuerza. El condenado quedó libre.

—Ahora, adelante,—dijo el Cientodiecisiete.

Y echó á andar delante, encorvando al principio la cabeza y después acurrucándose y acabando después por arrastrarse, porque el túnel subterráneo íbase estrechando. El reo de muerte había recobrado toda su presencia de ánimo y la esperanza de vivir y el instinto de la libertad, hacían palpitar su corazón.

El condenado siguió al Cientodiecisiete haciendo lo mismo que éste. El trayecto fué largo.

Algunas veces el Cientodiecisiete se detenía para cobrar aliento.

—¿Sabes dónde estamos?—preguntó éste.

—No.

—Debajo de los muros del arsenal.

—¡Ah!

Al cabo de veinte minutos pareció que se ensanchaba el túnel, y una ráfaga de aire hirió el semblante del condenado.

El Cientodiecisiete apagó la linterna, y á medida que el condenado continuaba su camino, se iba haciendo más vivo el aire.

—¡Adelante, siempre adelante!—exclamó.

—¡Magnífica noche para una evasión!—añadió.—Llueve á cántaros allá arriba.

En fin, al cabo de algunos minutos, el Cientodiecisiete se detuvo de pronto.

El Hombre del perro miró entonces por encima de los hombros de Cientodiecisiete, y vió algo menos negro que las tinieblas del subterráneo, y reconoció que se hallaban al final de éste, y que desembocaba en la orilla del mar en un sitio desierto, y al otro lado del puerto de comercio.

La noche era obscura, y el mar, azotado por un viento de tempestad, lanzaba sus olas enormes hasta la misma entrada del subterráneo, obstruyendo su entrada y cubriendo de espuma varias veces á los dos presidiarios. Al mismo tiempo caía una lluvia torrencial.

—Cuida de que una ola no te arrastre,—murmuró el Cientodiecisiete.—El mar estaba á sus pies, ni á derecha ni á izquierda no se veía la menor lengua de tierra ó arena.—¿Sabes nadar?

—He sabido; ¡pero hace ya tanto tiempo que no nado!

—Más vale morir ahogado que guillotinado. Vamos, desnúdate. Si las fuerzas te faltan te ayudaré. En otro tiempo nadaba como un Terranova.

En un abrir y cerrar de ojos el condenado quedó desnudo, y el Cientodiecisiete desenrolló una cuerda que llevaba atada á la cintura, y dió uno de sus extremos al condenado.

—Ahora,—dijo,—esperemos.

La lluvia era tan intensa, que parecía una niebla que unía al cielo con la tierra.

El mar rodaba montañas de espuma, y se estrellaba en las rocas con un bramido ensordecedor.

Habríase dicho que el Oceano quería arrancarlas de cuajo.

Cientodiecisiete, sonriendo burlonamente, dijo al condenado:

—Cuando adviertan nuestra evasión, apuesto que á nadie se le ocurre que nos hemos fugado por el mar.

—Pero ¿á dónde pensáis conducirme?—preguntó el condenado, que tiritaba con el viento y la lluvia.

—A donde quieras,—le contestó el Cientodiecisiete.

—No comprendo,—contestó el Hombre del perro.

—Lo comprenderás en seguida.

En aquel momento un ruido agudo dominó al ronco del trueno, al mugido del viento y á las cóleras del mar; iluminó un relámpago el cielo, y á su amarillenta luz el condenado vió, como á cien brazas de distancia, una chalupa que se balanceaba en la cresta de las olas.

El ruido que acababa de oirse era un silbido. El Cientodiecisiete cogió un silbato de contramaestre que llevaba á la cintura, y respondió á la señal.

—¡Al agua!—ordenó á su compañero, y se

arrojó él á su vez sin desnudarse ni quitarse el sombrero que llevaba sujeto con un hilo de goma.

El Hombre del perro no vaciló. Pero la noche era tan obscura y el mar estaba tan revuelto, que sin la cuerda que le había dado el Cientodiecisiete, no hubiera podido seguirle. Sin embargo, el viejo sabía nadar, y el instinto de conservación devolvió á sus miembros toda la ligereza y todo el vigor de la juventud.

La chalupa no se atrevía á acercarse más á la costa, por temor de destrozarse en algún arrecife, y era tan profunda la obscuridad, que en cuanto cesaron los relámpagos, los nadadores arrollados por las olas, no la distinguían. Pero los silbidos, que se sucedían de minuto en minuto, guiaban á el Cientodiecisiete.

Por fin, un relámpago le mostró la lancha á corta distancia de él, y haciendo un esfuerzo supremo se agarró con ambas manos á un remo que le tendieron.

¡Ya era tiempo!.... Al ex-cochero empezaban á faltarle fuerzas, y se sentía ir á fondo.

Hubo necesidad de izarle á bordo habiéndole precedido el Cientodiecisiete.

Había dos hombres á bordo, dos compañeros, como se decía en presidio.

Un nuévo relámpago permitió al condenado reconocerlos.... y lanzó un grito de espanto.

Aquellos dos hombres, que se habían despojado de la librea del presidio para vestir la blusa de marineros, eran Milón el coloso y Juan el matarife, es decir, el verdugo.

—No temáis nada,—le dijo éste;—ya no soy el hombre que mata. Gracias al amo, soy el hombre que salva.

—¡Al clipper!—exclamó el Cientodiecisiete, sobre cuyos hombros, echó Milón un capote de marino.

La chalupa continuó bailando sobre las olas como una blanca gaviota que juega con la tempestad y á medida que avanzaba, la obscuridad se hacía más impenetrable y la mar más gruesa.

Un nuevo silbido se dejó oir dominando la tempestad, y un relámpago que desgarró la bóveda del cielo, dejó ver á los cuatro tripulantes de la chalupa, á cierta distancia, al clipper con las velas á medio cargar, y balanceándose sobre las encrespadas olas.

El bote pasó tantos trabajos para abordar al buque, como los nadadores para subir á su bordo. Les echaron cuerdas y gracias á ellas, el Cientodiecisiete fué el primero en izarse por el estribor.

Sobre cubierta se oyó un grito de alegría y á la luz del farol de popa vió el Cientodiecisiete á un grumete que se arrojó en sus brazos exclamando:

—¡Al fin os salvásteis!

—Sí,—contestó el Cientodiecisiete, besando con calma en la frente á Vanda la rusa.

Porque era ella, que había vuelto á vestirse de marinero, y mientras los demás presidiarios subían á bordo, le dijo Vanda:

—He aquí vuestro buque amo. El capitán os espera para entregaros el mando.

Un hombre se acercó y saludó al Cientodiecisiete.

—Es maltés,—le dijo Vanda,—no sabe ni una palabra de francés.

—Vale más así—contestó el Cientodiecisiete,—porque podremos hablar con más liberted.

—Y dirigió la palabra en italiano al maltés.

—La mar es muy gruesa, ¿no es verdad?—le dijo.

—Sí, amo—le contestó el capitán.

—¿Podremos estar en alta mar antes de que amanezca?

—No lo creo—replicó el maltés.—Salí ayer de Tolón á la caída de la tarde; tengo todos los papeles en regla y navegamos bajo pabellón británico.

—Perfectamente—dijo el Cientodiecisiete. Y bajó al camarote que le habían preparado.

Vanda le siguió.

—¿He cumplido mi palabra?—preguntó el Cientodiecisiete.

—Sí,—exclamó Vanda arrodillándose delante de él como una esclava.—Os obedeceré y os seguiré á todas partes.

—¿Sabes á dónde vamos?

—Poco me importa.

—A Italia primero y luego.....

—¡A París!—añadió Vanda con una expresión de terror.

—Es preciso—contestó el Cientodiecisiete

con acento melancólico.—A París me arrastra mi destino.

Vanda bajó la cabeza ante aquel hombre que la dominaba completamente.

—Amo,—le dijo,—os conté mi historia. ¿Me narrareis la vuestra?

—¿Para qué?—dijo el Cientodiecisiete.

Levantó los ojos, y miró á través de la posta del camarote por la que se veia el sombrío, cielo por el cual corrían las nubes como fantástico y derrotado ejército, y por espacio de algunos segundos, pareció que evocaba los fantasmas de aquel formidable y misterioso pasado que pesaba sobre él.

Luego, estrechando entre las suyas las manos de Vanda, dijo:

—Escucha. Soy acaso más criminal que el hombre al que lloras hace tanto tiempo. Fuí ladrón, asesino, hijo desnaturalizado y amigo perverso; merecí cien veces la muerte; pero un dia en mi corazón mancillado por todos los vicios, corrompido por todas las vergüenza, Dios dejó germinar un sentimiento honrado como en medio de la tempestad brilla á veces una estrella.

¿No has oído contar la historia del presidiario Cognard, del conde Pontis de Santa Elena, á quien uno de sus compañeros de cadena reconoció un día á la cabeza de su legión con el pecho cubierto de condecoraciones y bordados?

Ese hombre había usurpado un estado civil, y con aquel nombre conquistó la estimación general. Yo, como él, robé un nombre.

Por espacio de tres años, con ese nombre usurpado, deslumbré á París con mi lujo, mi talento y mi valor. Empuñé la espada como caballero, y estuvo en poco no llegase á ser grande de España.

Dos santas mujeres me amaron, me idolatraron: la madre y la hermana del hombre á quien usurpé el nombre.

Yo, por mi parte, concluír por quererlas como si una fuera mi madre y la otra mi hermana.

La primera ha muerto; pero.... la segunda....

La segunda vive todavía; creo que daría toda mi sangre por ella.

—Pero—dijo Vanda,—¿sabe que fuísteis condenado?

—No,—contestó Cientodiecisiete—Encontró á su verdadero hermano, pero no le volvió á ver: mis perseguidores, los que me desenmascararon, tuvieron compasión de ella, y mientras yo iba á presidio, su verdadero hermano marchaba á la China y allí está todavía casado con la mujer que debió ser mi esposa.

—¿Y no la volvísteis á ver? — preguntó Vanda emocionada.

—Sí, una vez, en un presidio de España, del que me sacó la justicia francesa. Estaba tan desfigurado que no me conoció al pasar por mi lado. Acababa de romperme una pierna y padecía horriblemente.

—«¡Pobre hombre!»—exclamó al pasar.

—¡Oh!—murmuró Cientodiecisiete.—De esto hace diez años. ¡Cuantas lágrimas de sangre derramé durante ese tiempo!.... ¡Pobre hermana mia!

—¿Deseais volver á verla?

—¡Que si lo deseo! Quisiera verla y que no me reconociese; y mi sueño sería el vivir y morir á su lado con un nombre supuesto. Para desear esto he necesitado saber la verdad.

—¿Que supistéis?

—Que su hermano, feliz en la India, no piensa volver á Francia.

—¿La escribe?

—Sí. Ella cree que quien la escribe soy yo.

—¿Desde cuando sabéis eso?

—Desde hace ocho dias nada más. Por espacio de diez años creí que me despreciaba, que su corazón, abierto para su hermano verdadero, estaba lleno de odio y desprecio para mí. Por espacio de diez años permanecí en el presidio no pensando ni un solo día en escaparme. Desde hace ocho dias sé que el hombre á quien usurpé el nombre está en las Indias y que ella no le conoce. ¿Comprendes?

—Sí,—murmuró Vanda quedándose pensativa.

Milón, que entró en el camarote, interrumpió al Cientodiecisiete.

—¡Amo! ¡amo!—exclamó.—La tempestad va en aumento. Los marineros tienen miedo de que el viento nos arroje á la costa.

—Vamos, pues—contestó el Cientodiecisiete.

Y subió apresuradamente á la cubierta, arrancó la bocina de manos del patrón y mandó la maniobra, y durante el resto de la noche, aquel hombre, que había estado cargado de cadenas el día antes, dominó la tempestad luchando con ella á brazo partido.

A la mañana siguiente amainó el viento. Al cesar la lluvia y en lontananza, hácia el Norte, aparecían las blancas rocas que dominan á Tolón, envueltas en la bruma. Y poco después resonaron cuatro cañonazos, y el estampido de las detonaciones llegó á oidos del Cientodiecisiete y de sus compañeros.

—Uno por mí,—dijo el Cientodiecisiete sin abandonar el banco de cuarto—otro por Milón, otro por el verdugo y otro por el reo. Han descubierto nuestra fuga, pero un poco tarde.

Amo,—dijo Milón—¿quién sois que detenéis la cuchilla pronta á cortar una cabeza y que domináis las cóleras del mar?

—¿Quién eres, demonio—dijo Vanda—que tu mirada penetra en el fondo de mi alma y la trastorna?

—Amo,—murmuró el condenado—¿quién sois que me arrancásteis del cadalso?

—¿Y mí, amo,—añadió el verdugo,—á quien tendísteis la mano, no me será permitido preguntaros vuestro nombre?

—Esperad,—contestó el Cientodiecisiete.

La tempestad se había calmado, el clipper, á la voz de su capitán, desplegó todas sus velas y se alejó velozmente viento en popa y luego, cuando entre las brumas se perdieron de vista las costas de Francia, el Cientodiecisiete, sonriéndose, dijo:

—¿Queréis saber mi nombre? Me llamo ROCAMBOLE.

Y el clipper siguió hácia alta mar.

.....

—FIN DEL PROLOGO.—